

lio. Los que no estaban en la sublevación, y por ende no participaron en el crimen, huyéronse de prisa y de galope, aturdidos, por si había necesidad imprescindible de algún esfuerzo y de algún pensamiento en sus parálticas voluntades y en sus apagadas conciencias. Marco Antonio, tan valiente, corrió á su casa; y en el desván de ella disfrazóse con traje de siervo para escaparse de la República y de la libertad. Pero así como no tuvo defensores el tirano, tampoco los tuvieron sus enemigos. Al clamor que les apellidaba libres respondieron los romanos con la más implacable indiferencia. Después de haber Bruto y Casio recorrido aquellas calles consagradas por tan sacrosantos recuerdos políticos; después de haber evocado el numen de las Curias, donde resplandeciera tanto tiempo la majestad augusta del pueblo-rey; después de haber pronunciado la palabra Comicios, en que generaciones de generaciones ejercieran el gobierno popular; después de haber conjurado para que resucitasen á la tribuna del Foro y á la mayor elocuencia conocida en el mundo, encontráronse los defensores de las viejas leyes con que las pasiones populares no respondían á sus palabras porque faltaban las ideas contenidas en estas palabras; pues aquellos hombres que levantaban sus togas como pudieran los esclavos levantar sus cadenas y que blandían al aire los puñales con que acababan de inmolar la tiranía, semejaban artificiosos actores, representando en lengua extraña una extravagante y arcaica tragedia que ningún espectador comprendía. Y conforme iban llegando á los sitios más consagrados por nuestra vieja liturgia de República y libertad, iba también la indiferencia pública trocándose primero en horror helado á los salvadores y de horror helado en abierta hostilidad. A la vista de tal recibimiento salíanse los republicanos por las laderas del Capitolio so pretexto de presentarse á Júpiter en homenaje, pero realmente para desasirse de la plebe y en aquel seguro asilarse. Mientras tanto los escasos devotos que podía la desgracia conservar en pueblo tan corrompido, cogieron el cadáver de César y lo echaron en la litera misma donde había ido el dictador, la cual estaba en la puerta del Senado, y lo condujeron así á su palacio. Mal colocado y peor conducido, al andar de los conductores movíanse los brazos, los pies, la cabeza, con esos movimientos siniestros del cadáver, falto de su principal motor, el empuje de su

cerebro. A mayor abundamiento salió la esposa de Julio César, Calpurnia, desoladísima, por sus propias uñas arañada, el vestido roto y en desorden, fuera de sí, dando gritos inspirados por su dolor natural; y aquellas gentes populares, que no se habían engreído al renacimiento de su libertad, enfurecieron á la muerte de su amo. Y sabedor Antonio de la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir, y corrió á casa de Calpurnia en requerimiento del cadáver de Julio César que pensaba disponer como pedestal de su propia grandeza. Calpurnia le dió el testamento de César con los tesoros allegados en sus arcas y los documentos registrados en sus archivos. Con los documentos, interpretados á derechas ó á torcidas, creyóse Antonio un César, é inauguró el reinado de la barbarie; con los tesoros creyóse un Creso, é inauguró el reinado de la corrupción. ¡Terrible desengaño el de Bruto y Casio haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con milite tan feroz, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y de todo acto moral, aún tuvieron que adularle y requerirle de amigo para ver si los acorría y salvaba. Y él, como ciertas alimañas, feroz y astuto á un mismo tiempo, se dejaba querer, y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Bruto y Casio no tuvieron más remedio que huir de Roma. El día consagrado á los funerales de César estuvieron en trance de muerte. El pueblo cogió los tizones de la hoguera donde se consumiera el cadáver de César, y corrió á quemar las casas de los republicanos. Al poco tiempo cayeron vencidos en los campos de Grecia. Y no le quedó á Bruto más refugio que la muerte. Bajo unos árboles muy verdes, al borde pintoresco de un arroyo muy claro, al pie de una colina muy hermosa, el representante postero de la República y de la libertad miró frente á frente sin pestañear el próximo paso de este mundo á otro mundo mejor. Antes de partirse para siempre se tendió en tierra, dando los alaridos que demandaba el duelo debido á sus deudos y á sus partidarios allí finados. Seguidamente, y cumpliendo con su deber, después de haber llorado por los vencidos, lanzó sus maldiciones sobre los



vencedores. Hecho esto, dirigióse á los capitanes sobrevivientes en súplica de que le clavasen sus puñales y lo remataran allí con la mayor prontitud. Todos rehusaron. La noche venía, noche tranquila del Oriente, y se acercaban los imperiales muy anhelosos por atrapar la mejor de sus presas, al representante último de la República en Roma. El pánico se difundió entre las filas republicanas y oyéronse muchas voces que decían: «huyamos.» Bruto se quedó firme y erguido con la mayor serenidad. En aquel instante ya la noche había venido sobre todos. Susurraba el arroyo, despedían aromas las plantas, zumbaban los insectos del crepúsculo, las aguas corrientes se plateaban en la incierta luz, por los cielos azules resplandecían innumerables aerolitos. La indiferencia del universo acabó por sublevar á Bruto, cual en otros días lo sublevara la indiferencia del pueblo. La República se acababa y lucían los astros con claridad nueva, y se transparentaban los cielos en su divina serenidad, y las flores abrían sus corolas como para una fiesta, y entonaba el arroyo su idilio melodiosísimo, y sacudían los árboles su polen de vida y amor. Viéndolo todo riente y armonioso alrededor de su acerbísima pena, lanzó una terrible desesperada negación á la virtud, y se arrojó de golpe sobre su espada puesta en el suelo de punta, la cual, más compasiva que los hombres y los elementos, rematólo en aquel trágico minuto. Aquella noche y con aquel hombre murieron la República y la libertad en tales términos que se borraron sus sendas memorias y desaparecieron hasta sus últimos vestigios. Entonces se vió el crimen legitimado por la victoria, y el pueblo arrancándose con sus propias manos las entrañas. Los dos ejércitos contrarios llevaban las mismas enseñas y combatían bajo las dos alas de la misma romana águila, y adonde no había podido penetrar en sus furoros el hierro de los extranjeros penetró el puño de nuestros mismos hermanos. ¡Oh! ¡Cuánto echamos de menos la República!

— Lucano — exclamó Nerón casi descolorido de rabia, — ¿olvidas cómo los descendientes de la estirpe Julia nos asentamos hoy en el sitio mismo antes por la República ocupado y dirigimos el mundo romano á virtud de los mismos hechos por ti lamentados hoy en esas luctuosísimas querellas?

Persio y el mismo Séneca palidecieron á esta observación del

príncipe. Allí, en aquella corte semiasiática y en aquellos tiempos tan por todo extremo contrarios á la libertad, un fruncimiento de las cejas del príncipe os costaba la vida. Lucano cantaba por aquellos días los tiempos de las guerras civiles, y á fuer de buen poeta, se añoraba de la perdida libertad. Había para esto cierta tolerancia en Roma, tanto más, cuanto que los césares se creían continuadores de los tribunos y llevaban en los labios el derecho que aborrecían en el alma. Permitían, pues, alguna expansión á los que lamentaban la ruina de los viejos principios y pedían su restablecimiento. Pero Lucano, engolfadísimo en la historia de aquel extraordinario tiempo, amábala tan de veras, que á veces plañía su desaparición, tomando aires y acentos muy parecidos á los que tomaran en cien trances muy amargos de la República sus postreros defensores. Así le había pasado en el minuto ahora traído á las mientes. El dejo sardónico de Persio y el discurso vigoroso de Séneca le habían despertado en tropel todas las ideas republicanas é impulsádolo á recordarlas con tal pureza que parecía uno de los últimos patricios levantados contra César ó contra su heredero y sucesor Augusto. Y como todo pendía de los caprichos cesáreos, ninguna cosa en el mundo aquel estaba sujeta de suyo á regla, por lo cual así podía verse con benevolencia como con saña cualquiera expresión de pena por la República muerta. Y Lucano debió temer algo así cuando dijo inmediatamente después del discurso republicano este otro casi asiático tan opuesto al anterior.

— ¡Ah, Nerón! Si han sido necesarios todos estos crímenes para tenerte como inmediato sucesor de Claudio; si para el reinado benéfico, que aguardamos de tu bondad han sido indispensables las catástrofes antes lamentadas, en buen hora vinieron, y debemos holgarnos con impiedades y crímenes tan admirablemente compensados. Que Farsalia viera enhiestos de cadáveres sus campos pútridos; que sobre las ruinas de Cartago, por nosotros vengada, cayera un diluvio de latina sangre; que alrededor de las murallas de Munda hubiese otra muralla de incendios y rescoldos; que Perusa muriera de hambre y Módena de dolor, y se rompieran nuestras flotas en las dunas de Leucades y se levantaran los esclavos blandiendo sus hierros enrojados en las fraguas del Etna, todo puede y debe parecernos poco, sin excluir las guerras civiles, puesto



que á todo ello debemos tu fortuna, ¡oh admirado Nerón! Cuando te hayas cansado alguna vez de vivir aquí en el mundo y te decretes por tu propia voluntad ó en conciencia el tránsito á las alturas, subirás en plena juventud al Olimpo, y los palacios del cielo por ti preferidos saltarán de gozo á una sobre sus cimientos; y ora quieras tú sobrellevar el cetro áureo en la diestra, ora tenderte á lo largo en la carroza del sol, ora cual otro Febo te ocupes en iluminar la tierra, ora establezcas tu habitación en la estrella Norte ó en la estrella Sirio, los dioses á una te dejarán sus respectivas sedes para que mantengas el equilibrio de los astros y nos muestres sin una sola nube tu radiante faz en el espacio infinito.

Persio y Séneca se miraron de reojo y no pudieron menos que sonreirse á la consideración del cambio repentino causado en Lucano por el fruncimiento de las cejas de Nerón. Éste, quizás más avergonzado de las tristes adulaciones que el mismo adulador, interrumpió aquellas enfáticas frases diciendo, para que Lucano reanudase sus bien hilados discursos, que podían compadecerse con facilidad el culto al imperio con el culto, por ejemplo, á Catón, pues se hallaba éste muy lejos en el tiempo.

— Y tan lejos — exclamó Séneca, — como que Catón fijó siempre la vista en lo pasado, creyendo salvar la religión de sus privilegios con las prácticas vacías de su continuada liturgia. Vestir como vestían los antiguos; hablar á la vieja usanza; volver por los giros arcaicos; en todo conservar las costumbres patricias; asistir al Senado con la puntualidad más exacta; sostener con las prácticas más rutinarias todo cuanto se arruinaba en aquella sociedad y todo cuanto anocheía en aquella conciencia: he ahí el ministerio de Catón, cuando Mario entraba con sus héroes cimbrios bajo los arcos de triunfo; cuando Sila expedía sus sicarios con el puñal en una mano y en otra la tea para exterminar desde los hogares hasta los cuerpos de sus enemigos; cuando los templos se trocaban en fortaleza y el foro en campo de batalla; cuando los mismos terremotos sacudían las colinas de los plebeyos que las colinas de los patricios; cuando, infestadas las costas de piratas, los montes de siervos, las calles de facciosos, las casas de conjurados, entre las humaredas y los relampagueos del incendio, sobre los mares de sangre, paseaban como furias por los escombros humean-

tes y entre cadáveres amontonados turbas de corrompidos cortesanos y turbas de voluptuosos epicúreos, quienes, aguardando una muerte próxima, dábanse al placer fácil ó rápido, mientras evocada por tantos crímenes y tantos errores iba sobre todos á más correr la tiranía universal. Lo que agrandara principalmente á Catón en la memoria de los hombres fué su culto á un ideal, pues los ideales extintos se asemejan al sol transpuesto ya por el ocaso en que doran con sus últimos rayos las cumbres más altas del humano espíritu y las frentes más espaciales y más amplias en nuestra especie misérrima. Tu divino predecesor, Nerón, Augusto, dueño de un poder que hubiera Júpiter envidiado, no consintió hablar en su presencia mal nunca de Catón, no obstante personificar éste la República, porque también personificaba la verdad.

— Yo — dijo Nerón — también quiero, Séneca, lo que tú quieres; también quiero proceder de suerte, ahora en este período de poder indirecto y en el período de poder directo más tarde, que las gentes no vuelvan con envidia los ojos al antiguo carácter profundamente republicano de las instituciones desaparecidas y muertas. Yo quiero también resucitar á Grecia; yo quiero parecerme á Pericles. Entre aquellos nombres más gloriosos por mí leídos en los anales de la historia no encuentro un genio, pero absolutamente ninguno, con virtud para imponer admiración secular sin reservas y sin límites á la posteridad. En las ánforas de oro cinceladas por los buriles de inspirados escultores he bebido yo hasta embriagarme de su divino zumo las ideas helénicas, y las he convertido en sangre de mis venas, en fibras de mis carnes, en materia de mis huesos. Y el genio griego es música, es melodía, es cántico, y los pueblos griegos son verdaderos coros que sin cesar entonan himnos llenos de inspiración á la gloria. Ellos, y ellos tan sólo, esos admirables griegos han resuelto en una superior armonía y concierto las contradicciones de sus combates. Yo quiero hacer de nuestra Roma, demasiado grande y colosal y asiática, una dulce Atenas en la cual hasta las piedras canten, y quiero hacer de mi gobierno propio algo parecido en paternal y en republicano de veras al gobierno de Pericles, aunque no puede tener como aquél tenía forma de República. Examinad ese gobierno y veréis qué huellas dejó de sí en el suelo ático y qué recuerdos en la griega historia. Lo cierto es



que Atenas llegó á un esplendor no conocido jamás en el mundo. Bajo aquel cielo clarísimo, sobre aquella tierra semejante á fuerte y armonioso pedestal, veíase la más bella cristalización del pensamiento producida jamás por el doble impulso de los tiempos y de las ideas. El hermoso espacio en que por una parte brillaban las ondas del Egeo y por otra parte las cimas del Himeto, con las canteras del Pentélico y con los olivares de Colonna ornado, y henchido de la música cuyas melodías acompañaban en sus tristezas á la infeliz Antígona, y de los zumbidos cuyos rumores anunciaban mieles del Híbla recogidas en labios canoros como los del feliz Anacreonte, por las teorías ó procesiones cortado que semejaban cintas y estelas del arte, ó por las ciencias esclarecido como por una lumbre junto á la cual creeríais sombra la misma luz del sol, ofrecía tal base á los más bellos edificios y tal abrigo á las más inspiradas ideas, que deslumbradas inteligencia y vista hoy mismo, cuando todo hase reducido á escombros y los escombros á polvo, lo miran como el mayor y más hermoso templo del humano espíritu. Allá, en las aguas, aquellas trirremes doradas, sobre cuya popa suben al cielo en aromosas nubes los humos del sacrificio grato á los dioses, y aquí, en las orillas, aquellas escuelas sabias congregadas entre las ramas de los plátanos y el lino de los velámenes, exhalando conceptos cuyos condensados vapores forman y componen otras tantas almas parecidas á espirituales luminosísimas estrellas. Como los árboles, con su misma espontaneidad, se levantan del suelo columnas que diríais con raíces profundamente arraigadas según su incontrastable solidez y forma. Las volutas de sus chapiteles forman tales armonías con los plintos de su base y con las estrías de su fuste, que, al contemplarlas, por esas relaciones entre los ojos y los oídos, os parecerán una oda en piedra de Píndaro y Simónides. Sus combinaciones han compuesto esos Propileos que parecen un coro; ese Partenón perfectísimo, donde se juntan los cálculos geométricos y la inspiración estética sin que la ciencia dañe al arte ni la medida y el orden á la espontaneidad; esa grande y fuerte Acrópolis, de suyo semejante sobre Atenas al casco de una diosa; la Pinacoteca, en que buriles y pinceles han dejado á porfla esos cuadros y esas canéforas, cuyas líneas componen el dechado acabadísimo de la forma y cuya severidad revela

cómo el alma y la naturaleza se habían compenetrado é indisolublemente unido en los senos de Grecia; dondequiera que volváis los ojos y dondequiera que apliquéis el oído, la hermosura tranquila os absorbe y recrea. En la frente de una colina el templo y el túmulo en la base. Los mosaicos de piedras, que creeríais preciosas, cubren aquellos suelos, y los mármoles y los alabastros más



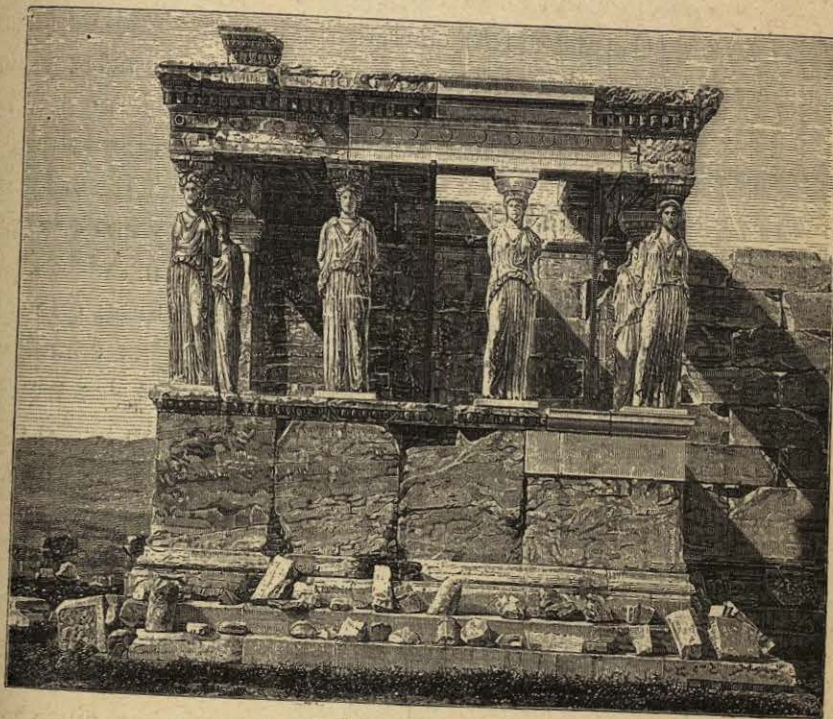
Fachada occidental del Partenón (de una fotografía)

relucientes componen aquellos altares. La estatua diviniza el cuerpo humano y le devuelve una felicidad edénica, no gustada ni por los colosos ni por los esfinges orientales que parecen como enredados en las raíces del inferior mundo animal y abrumados por enorme pesadumbre. La cariátide aquí no es aquella leona descomunal ó aquel hipógrifo enorme de los templos asirios, sino la hermosa doncella sosteniendo cornisas y triángulos como pudiera sostener un ánfora llena con agua del Cefiso y un cernacho de higos. Aquí en la palestra los jóvenes desnudos, caballeros sobre las cabalgaduras sin sillan ni bocados, recorren las designadas carreras en celosas competencias, y allí los atletas presentan actitudes escultóricas en gimnasios regidos por música y geometría. La grande



agora, de arenas alfombrada y abierta de todo en todo al cielo azul y al aire libre, oye discursos como el discurso de Pericles por los muertos; discursos acabados, cual esos intercolumnios del Propileo y cual esas estatuas de líneas melódicas y de actitudes serenas. El hipódromo presenta estadios de competencias á los carros, y el semicírculo de los teatros estadios de competencias también á los trágicos. Como quiera que las representaciones dramáticas hayan brotado al amor del mosto, en las vendimias áticas, sobre las carretas cargadas de cubas y las cubas cargadas de racimos, entre los evohés inspirados por una especie de borrachera cuasi divina, ornadas con la hiedra y los pámpanos y los racimos de Baco, á estos dios del tirso y del címbalo están consagrados los teatros, que llevan, como el de Atenas, su nombre, y ofrecen altares al dios de los cánticos voluptuosos y de los placeres desordenados. A un lado los farsantes ejercían la mímica indudablemente con arte sumo y actitudes cadenciosas. Los jóvenes danzan el baile orgiástico; los dióscuros el pírrico, semejante á militar esgrima, y hasta los sacerdotes creen agrandar á los dioses con danzas litúrgicas. A todo esto se unían las procesiones exaltadas por alegres himnos de versos y melodías incomparables, compuestas de numerosísimos devotos, esclarecidas por antorchas bien olientes, rociadas por aguas lustrales, ceñidas de laureles y flores, donde al son de los instrumentos más armoniosos componen compasadísimos y concertados movimientos en torno de la trípode santa, sobre que brilla el fuego sagrado, iluminando las innumerables libaciones compañeras de las religiosas plegarias turbas de bellísimas vírgenes acompañadas por los citaredos y los auletas entonando coros; tras éstos los vencedores en el hipódromo, los primeros en tocar la meta sobre sus desnudos caballos; luego los sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, alrededor de las hecatombes, y los caballeros con sus ofrendas en las manos; por último, las canéforas coronadas por canastillos de flores, y los efebos cargados con obras de arte; al terminarse tanto cortejo, la trirreme áurea bajo el peplo riquísimo con la imagen de Minerva, pasando ante la incomparable Acrópolis, entre los espléndidos Propileos, dentro del Partenón, cuyas columnas, mantenedoras del friso, donde se repiten en mármol de Paros por los buriles clásicos todas estas ceremonias piadosas, y que, ostentando

escudos de oro, parecen cantar y unir á los hexámetros de sus compasadas piedras y de sus admirables proporciones el triunfo de todo un pueblo. Poned allí en todas estas maravillas los cuadros de Polignoto con las estatuas de Fidias, en las agoras discursos de Pericles, en los teatros perfectísimas tragedias de Sófocles, en los gimnasios atletas que han servido á los escultores de



Cariátides del Erectéon

modelos, en los puertos naves dejando tras sí las estelas de una colonización maravillosa, so los plátanos las ideas de Anaxágoras y los diálogos de Sócrates, los cuales ora descubren lo infinito al espíritu, ora llueven revelaciones divinas sobre la conciencia universal, y decidme qué pueblo ha llegado á estas grandezas y ha merecido así tal divinización á la historia.

— Mira, Nerón — exclamó Tito, desasiéndose un poco del grupo donde se hallaban Británico y Narciso, — mira las consecuencias de aquello mismo que dices. La belleza te deslumbra y ciega, cuando deberá el bien cautivarte y poseerte, como poder primero del universo y dios vivo sobre todos los dioses. Aunque un adivi-



no que buscara Narciso, hábil en la ciencia de averiguar la suerte futura de cada cual por la configuración del rostro, ciencia llamada como tú sabes Metoscopia, me auguró no sé cuál mando sumo, ni sobre quién, ni sobre qué, yo no lo creo, y por lo mismo no me preparo á cosa ninguna en esta materia tan difícil y no me apercibo para ningún fin y ministerio de dominación y autoridad. Pero si yo estuviera tan cerca del trono como tú, Nerón, y como tú fuese hijo de una emperatriz cual Agripina, ó me viese adoptado por un emperador cual Claudio, no me cuidaría de las artes y de las ciencias sino en cuanto condujesen al mejor gobierno y á la mejor dirección de los demás. Más valemos y más importamos por buenos que por inspirados y sabios. El arte nos encanta, la ciencia nos esclarece; pero únicamente nos vivifican y nos conservan la moral y el bien moral. Si á una provincia me mandases, yo procedería de suerte que al volverme ó quisieran todos que me quedara con ellos ó quisieran todos que me los trajese conmigo. Antes asistiría yo á las ceremonias religiosas que á los espectáculos frívolos. Destruiría todo el mal que hubiesen hecho mis predecesores, pero el bien conservarlo todo entero. El día en que no hubiese un favor hecho á nadie, considerarlo por día perdido. Y, al revés, cuando mal ó daño hubiera hecho, aquel día quedaríase, como un remordimiento eterno, gravada mi conciencia para retorcer y atormentar mi corazón. Perseguiría la delación infame con un cúmulo de penas innumerables. Preferiría morir á matar, y querría más saber que me alababan ausente á oirme adulado en mi presencia. No me propondría resucitar de modo alguno la república de Pericles por imposible; preferiría seguir las huellas de Alejandro, quien verdaderamente se propuso y consiguió unir el mundo griego con Asia.

— No es mala reconvencción — decía Narciso para su capote, comentando mentalmente todas las frases por Tito expresadas, y que parecían dirigidas al pecho de Nerón. — Con grande arte le dice cómo haría él todo aquello contrario y opuesto á cuanto hace ahora el hijo de Agripina. Éste, demente ya de suyo, y sobre su demencia natural dementadísimo todavía más por la educación artificiosa de su madre y por el propio propósito de llegar á primero entre los cantores, despertando y rehaciendo en la Roma nuestra el mundo grie-

go de otros tiempos, especialmente aquel de Pericles, por todo cuanto tenía de músico, no se cura cosa del gobierno romano y no recuerda ni el cumplimiento necesario de las leyes ni el ejercicio de su propio poder en bien y provecho de todos, como se prometían de sus herederos y sucesores los sumos padres del romano imperio, César y Augusto. Describiendo lo que haría él en cualquiera pública gobernación, ha pintado con maestría singular á Británico, tal como lo educa mi diligencia para el trono. Ese príncipe, ese y no ciertamente ningún otro, ese á grandes rasgos por Tito trazado había de ser el joven á quien educamos para bien y delicia del humano linaje. Y decir que no tenemos ninguna seguridad hoy de recabarle y conseguirle aquello que por ley natural debiera pertenecerle, de guardar alguna sensibilidad en el pecho y alguna idea en el cerebro su padre que oponer á las maniobras de Agripina. Pero es necesario luchar y más luchar; no conformarse con una derrota previa y creerse perdido sin remedio antes del necesario combate. Combatamos. Esperemos que ahora la palabra de Británico despierte un afecto paternal en las entrañas de Claudio y que tal afecto paternal decida la cesión de esa diadema del mundo al mejor y al más amado entre los dos príncipes rivales. Británico se propone describir los lazos que Dido tendió á Eneas para detenerlo en Cartago, impidiendo así la fundación de Roma, y las resoluciones sublimes con que supo el héroe troyano romper las cadenas de aquellos brazos y lanzarse al mar en cumplimiento de sus ulteriores destinos. ¡Oh! Si tras esto, jugando el todo por el todo y saliendo al encuentro de la muerte, Británico aconsejase al emperador un esfuerzo para libertarse de Agripina, con seguridad resolvería el testamento de Claudio en favor suyo y pondría por completo á su merced y disposición todos los corazones. Mucho hemos perdido. En vez de usar la diligencia empleada cuando me propuse libertar al emperador de Mesalina, medito más que propongo y discurro muchísimo sin hacer en realidad nada. Ya nos han quitado los prefectos del pretorio, partidarios muy celosos de Británico. Ya nos han puesto en torno de las personas y de las habitaciones nuestras un tal número de míseros espías y esbirros, que respiramos fatigosamente por un permiso casi del cielo. Pero ¿no hemos estado siempre lo mismo, no hemos vivido entre delaciones y amenazas?